

Hernán Carbonel
Jorge Grubissich
Mario Méndez

Antiguos dueños de la tierra

Ilustraciones de Alberto Pez



Una excursión a los comechingones

Hernán Carbonel

*No me dejes partir, viejo algarrobo
levanta un cerco con tu sombra buena
átame a la raíz de tu silencio
donde se torna pájaro la pena.*

Atahualpa Yupanqui

Yo estaba en el final de la escuela primaria cuando mi padre me invitó a un viaje en camión a Córdoba. Él llevaba varios años trabajando como camionero, y en el último tiempo había pasado al rubro del transporte de agua mineral. Le pregunté a qué parte de la provincia iríamos y me nombró lugares como La Cumbre, Capilla del Monte y Cruz del Eje, que para mí eran desconocidos. También agregó un dato que me llamó la atención: comechingones. Aquella palabra se convertiría, después del viaje, en una historia inolvidable para mí, que me marcaría para siempre.

Le pedí permiso a mamá para ir y me lo dio. Pero como yo era único hijo —lo que me daba tanto ventajas como sinsabores—, lo hizo con el agregado de las muchas y obligatorias recomendaciones del caso.

En la semana que restaba, me puse a investigar sobre los comechingones.

Leí que eran un pueblo que vivía a ambos lados de las sierras cordobesas, abarcando gran parte de la provincia e incluso parte de lo que hoy es San Luis. Eran morenos, de gran estatura, se dejaban crecer el pelo y la barba; creían en dioses como el sol y la luna, y estaban protegidos por las águilas y los algarrobos. Practicaban la agricultura y la caza; vivían en casas semienterradas; fabricaban morteros, arcos y flechas; sabían hilar, usaban adornos de hueso, habían llegado a domesticar a las llamas para utilizarlas como transporte y, como muchos pueblos originarios, le rendían culto a la Pachamama. A la llegada de los españoles, eran unos treinta mil habitantes. Incluso, y para mi sorpresa, leí que la famosa “tonada cordobesa” (cosa que yo aún no conocía) proviene

de las lenguas henia y camiare, que eran las que hablaban los comechingones.

Tuve una extraña sensación al leer sobre esa cultura, tan diferente a la mía, al modo de vida en que yo había nacido y crecido; como si me apropiara de algo que no me pertenecía pero que, al final, de algún modo, terminaría perteneciéndome. Me pregunté si ellos todavía existirían, si habrían quedado rastros de su paso por la tierra, si algún tataratataranieto recordaría su origen, la cultura de sus ancestros.

En los días previos me dediqué, también, a preparar el bolso y a oír, por enésima vez, las recomendaciones de mamá: pantalón corto por si hay pileta o río; pantalón largo y campera por si hace frío a la noche; no te separes mucho de tu padre, ojo con los animales salvajes, cuidate con las comidas. Yo la oía y soportaba tranquilo, contento, porque el viaje con mi papá bien valía aguantar las recomendaciones cariñosas –y, claro, cargosas– de mi vieja.

Partimos una templada noche de verano. La brisa entraba fresca por la ventanilla del camión, aunque de fondo podía oírse el chirriar de las chicharras anunciando el calor del día siguiente. Los primeros cien kilómetros se fueron entre charlas sobre lo que sería mi próximo año de escuela, y lo que para papá había sido pasar del transporte de cereales a cargar esqueletos de alambre con cientos de botellas de vidrio.

Paramos a cenar en una rotonda, bajo las luces anaranjadas de las farolas. Seguimos camino y al rato me pasé a la cucheta, ese espacio entre la cabina y la caja del camión que alcanza para poner una camita de casi una plaza.

Íbamos escuchando un partido de River. El Millonario, como era un encuentro amistoso, tenía apellidos raros como Centurión, Gorosito, Goycochea y Morresi. Después del empate con un equipo extranjero, River perdió por penales, aunque ni a mi papá ni a mí nos importó mucho, ya que el partido

no era por los puntos y además nosotros estábamos más entusiasmados con el viaje que con otra cosa.

Ya era cerca de medianoche y me vencía el sueño.

—Hasta mañana, pa —dije—, me voy a dormir.

—Hasta mañana. Que duermas bien.

A él le quedaba toda una noche por conducir. Yo volví al libro que había llevado. Con el motor del camión de fondo, *La isla misteriosa*, de Julio Verne, parecía tener banda de sonido: los hombres cayendo en una tierra desconocida después de un viaje a la deriva en globo, sus casas construidas en las cuevas, un escenario completamente salvaje, y las últimas apariciones del Capitán Nemo, eran un engranaje perfecto que se asociaba al mecerse del andar. Así me quedé dormido.

Soñé que caminaba por un valle desierto; el cielo era gris y las nubes corrían con el viento; hacía frío, pero no era tan intenso como para no soportarlo. El valle se convertía en un curso de agua seco, bordeado por piedras grises. De a poco comenzaban a aparecer delgados hilos de agua, y, a medida que avanzaba hacia la altura de los cerros, la temperatura disminuía y el flujo de agua aumentaba. Hasta que, al llegar a una inmensa roca con forma de zapato, aparecían una y cien y mil personas, vestidas apenas con unas pocas prendas; me rodeaban y uno de ellos pronunciaba mi nombre. Pero eso no sucedía en el sueño: era la voz de mi padre.

—Enrique, despertate. Mirá eso.

No entendía nada. Saqué la cabeza de abajo de la almohada, abrí los ojos como pude y corrí la cortinita que cubría la ventana de la cucheta.

—Es Córdoba Capital de noche —dijo mi padre, como si estuviese descubriendo un territorio hasta el momento ignoto y oculto para la humanidad.

La imagen era la de miles y miles de pequeñas linternas amarillentas brotando de una olla inmensa y profunda.

Aquello era impresionante, aunque en el momento me molestó darme cuenta de que me había quedado con el sueño por la mitad, sin terminar.

Lo siguiente que recuerdo es la mañana. El paisaje de los últimos kilómetros antes de llegar a nuestro primer destino. La vegetación, los arroyos surgiendo entre las piedras, el corte de las sierras a la orilla del camino; las subidas y los descensos, el motorcito del camión haciendo fuerza para no quedarse en un repecho y para no deshacerse en el envión de la bajada. Papá preparando el mate cocido, diciéndome: “buenos días, perdoname por despertarte hoy a la madrugada, pero me pareció un espectáculo maravilloso”.

A mí siempre me molestó que me despertaran a mitad de la noche, cuando estoy profundamente dormido. Siempre. Y no me importaba quién sea. Me molestaba, y punto. Pero también era cierto que mi viejo tenía razón: había sido un espectáculo maravilloso. Cientos y cientos de luces iluminando un valle nocturno. Había valido la pena despertarse para ver aquella imagen. Pero ahora ya era de día y el cartel verde indicaba “Planta envasadora: 5 kilómetros”.

El camino de entrada a la envasadora era de ripio. A un costado, la vegetación era baja y densa; enfrente, de manera ordenada, aparecía un frondoso sembradío de olivos.

Llegamos al lugar después de esos pocos kilómetros de traqueteo. A un lado, más allá de una tranquera, estaba el terreno donde estacionaban los camiones a la espera de la carga y la descarga. Del otro, hacia los cerros, corría un arroyo; desde la ventanilla podía verse andar, veloz, el agua cristalina. Al fondo aparecía la envasadora de agua mineral: un gran tinglado, las máquinas, operarios entrando y saliendo de los galpones.

Papá bajó, me dijo que esperara en el camión y fue a una oficinita a entregar los papeles con la orden de carga. Un rato después volvió a buscarme; venía de muy buen humor.

—Listo —dijo—. Ahora hay que esperar el turno. Vamos a dar una vuelta caminando, así conocés el lugar.

Pasamos por la puerta de la planta: era un gran galpón de chapa, que brillaba al sol del mediodía como una linterna gigante. Podía oírse desde afuera el ronroneo constante de las máquinas. Preguntamos a unas personas que andaban por ahí y nos dijeron que no, que para entrar a la envasadora había que tener permiso del supervisor.

Preferimos ir hasta el arroyo. El agua corría a gran velocidad, acompañando el movimiento con un constante murmullo: el choque incesante del líquido contra las piedras apenas le hacía contrapunto al ronquido metálico que llegaba desde el galpón. Mirándolo fijo, cada tanto, parecía que el cauce se llenaba de hilos rojos, como si alguien estuviese tirando gotitas de sangre o de ténpera aguas arriba, más allá de donde nosotros podíamos ver. Se lo comenté a papá: me dijo que eso

era, seguramente, producto del reflejo del sol en las aguas en movimiento o algo que el mismo suelo de piedras desprendía.

Le pregunté si esa tarde, mientras él descargaba los esqueletos vacíos, podría salir a dar un paseo por la zona, para el lado de los cerros.

—Vamos a preguntar —me respondió.

Fuimos a la oficina; mi padre retiró unos papeles y me presentó a un hombre regordete, de poco pelo color zanahoria y cachetes rojizos.

—Este es mi hijo, Enrique.

El hombre se acercó y me tocó el pelo. Pensé en decirle que eso me molestaba, que no me gustaba que me tocaran el pelo para saludarme, pero preferí callarme y decir simplemente “hola”. Más allá había otra persona, agachada sobre un escritorio. Parecía tener problemas con la vista o estar muy embozado con su trabajo: ponía la cara casi pegada a los papeles sobre los que escribía y ni siquiera se dio vuelta cuando entramos. En la otra punta de la oficina había un viejito. Tomaba mates en silencio y a través de una segunda puerta miraba hacia las sierras.

—Él quiere salir a caminar por la zona —abrió mi padre—. ¿Puede ir solo?

—Sí —respondió el colorado, dejando las carpetas que llevaba en la mano—. Pasando el alambrado que está contra el arroyo —señaló— hay varios caminos. No es muy tupido y se puede encontrar con algunos caballos, burros; todos mansos. Y sombra, porque hay muchos algarrobos. No hay ningún peligro. —Me miró—. ¿Conocés la historia del algarrobo?

Se notaba que el colorado quería contarla. Mi padre pisó el palito y le preguntó acerca de esa historia.

—Dicen que cuando los españoles llegaron a las sierras de Córdoba se encontraron con los comechingones, una tribu numerosa que quedó bastante impresionada ante esa gente tan

particular que aparecía frente a ellos, vestida de modo extraño y con armas desconocidas. Cuando los comechingones descubrieron cuáles eran las intenciones de los invasores, cambiaron ese temor inicial por un profundo rechazo. Y al poco tiempo llegó la guerra. Un cacique se enfrentó a los españoles, pero el combate duró demasiado tiempo, y a los comechingones no sólo les faltaban armas sino también comida y descanso. El cacique decidió retirar a los suyos hacia un bosque de algarrobos; allí le pidió a los dioses que cuidaran a las mujeres y a los niños, y que les dieran ayuda para seguir combatiendo. Entonces, las ramas de los algarrobos se sacudieron y empezó a caer una lluvia de frutos que se convirtió en alimento. El alimento les devolvió la fuerza; volvieron a la batalla y vencieron a los españoles —Hizo una pausa, miró alrededor, como si alguien más que no fuéramos nosotros lo estuviera observando—. No sé si eso será verdad, porque ya se sabe que los que ganaron fueron los españoles. Pero a mí siempre me lo contaron como una leyenda, y como leyenda me parece muy linda.

Papá me miró con una sonrisa. Vio en mi cara que la historia me gustaba.

—Eso sí —agregó el colorado—: si querés salir a pasear por la zona, tené en cuenta que la mayor parte de los árboles son espinosos. Y hay víboras.

Fue lo peor que me podría haber dicho. Siempre les tuve miedo, mucho miedo —pánico, en realidad— a las víboras. A las espinas por lo menos se las puede esquivar, porque se quedan quietas.

El colorado volvió a agarrar sus carpetas y agregó:

—Cualquier cosa pueden preguntarle a él —y señaló al viejito que seguía mateando en la puerta. Se acercó, habló bajito—: es el sereno, vive en la planta hace años. Es descendiente de comechingones. Llegó un día y pidió vivir acá. Antes vivía en La Cumbre. Tenía casa y trabajo, pero dejó todo y se vino. Dice que acá puede escuchar los mensajes de sus antepasados. Tiene algunas costumbres un poco raras, pero como no molesta, los dueños lo dejan. Además, duerme casi siempre de día y sale a caminar de noche, así que, sin querer, cuida el lugar.

El colorado le dio la mano a mi padre, me revolvió otra vez el pelo a modo de saludo y volvió a su trabajo. Con los ojos le hice una seña a papá; fuimos hasta donde estaba el viejito.

—Ya escuché —se presentó, antes de que nosotros pudiéramos decir cosa alguna—. El chico quiere salir a pasear. Y le tiene miedo a las víboras.

Era cierto: yo quería salir a pasear, ipero nunca había dicho que le tenía miedo a las víboras!

—Buenas tardes... —se presentó mi padre—. Mi hijo...

—Enrique —interrumpió el viejito, y le dio otra chupada al mate. Me pregunté si yo había dicho mi nombre en algún momento, pero no me dio tiempo a recordarlo—. Hay otra historia... —siguió, sin levantar la cara hacia nosotros—, otra leyenda, que no es la misma que la que acaba de contar el hombre.

Se tomó su tiempo para seguir.

—Cuando los españoles se instalaron en nuestro territorio y la sangre comenzó a correr por los valles, y tiñó los ríos de rojo y el hambre fue una costumbre y un problema, nuestro pueblo volvió a creer en la historia del águila, que tantas veces

había escuchado de sus ancestros. Las familias se mantenían unidas y cumplían con sus rituales, pero la llegada de los extranjeros les cambió las voces, y al *henen*¹ (el pueblo, como dicen ustedes) le costaba vivir en paz con su *san*² y sus *butos*³ y su veneración al alto dios sol.

El viejito hablaba sin mirarnos a los ojos; las palabras salían de su boca como si no fueran suyas, como si le vinieran de muy adentro. Cebó otro mate, miró el fondo del paisaje, las sierras, y continuó con el relato.

—Hubo una niña de nombre Arabela, que poseía virtudes extraordinarias y se convirtió en la defensora de su tribu. Guió caciques y hombres a las batallas y logró que ellos resistieran las matanzas. Ella fue la única esperanza. Arabela murió luchando por su pueblo, pero su alma hoy se encuentra protegida por el vuelo triunfal del águila. Donde ella va, va el águila; donde haya un águila, estará dando vueltas el alma de Arabela.

Ni papá ni yo supimos qué decir. El viejito sí supo. Nos miró y agregó:

—Desde entonces y siempre, los pájaros (el águila, para nosotros) son la libertad y el deseo divino de la hermandad entre los hombres. Por eso, un día, Arabela volverá para salvarnos nuevamente.

1 *henen*: pueblo (en lengua henia).

2 *san*: río.

3 *butos*: casa.